

El de Francia esperó para dar el mismo paso la respuesta de su Córte. Como la nota de este gabinete, aunque muy ofensiva para el nuestro, estaba concebida en términos mas moderados, y habia recibido por lo mismo una respuesta por igual estilo, se podia creer que no fuese por entonces necesaria una ruptura entre nuestros vecinos y nosotros. Mas lo suave y cortés de las formas no podian destruir lo significativo y lo fuerte de las cosas. El Ministro francés recibió la órden de imitar la conducta, y seguir los pasos de sus cólegas.

El negocio habia terminado de la manera mas clara, mas neta y positiva. La salida tan poco ceremoniosa de los embajadores de la Santa Alianza, anunciaba para todos los que no querian cerrar sus ojos á la luz la ruptura mas completa. De esta ruptura á una abierta hostilidad, no debia haber mucha distancia para quien sabia el objeto y el resultado de las conferencias del Congreso de Verona. Con las respuestas que habian provocado á sus estrañas comunicaciones, los soberanos de la Santa Alianza se habian quitado en cierto modo el empacho que debia causarles el invadir á mano armada una Nación que en nada les ofendia, y cuyos sacrificios les habian sido de tan inmensa utilidad en otro tiempo. Si las notas no hubiesen sumergido en una horrible confusion como acaso lo esperaban, les habriamos hecho un gran servicio; mas de todos modos siempre les ofrecian un pretexto para dar toda la deseada publicidad á sus enojos.

El gobierno consideró bajo este aspecto la conducta de aquellos soberanos. Era ya imposible la conciliacion entre quienes manifestaban abiertamente pretensiones tan contradictorias y exclusivas. Era demasiado grande la irritacion, era demasiado ardiente el deseo en los gabinetes de la Santa Alianza de acabar de una vez con instituciones á sus ojos tan odiosas, para que el buen sentido no viese para nosotros el peligro inminente de tener que defender nuestra libertad con las armas en la mano. Era ya preciso obrar bajo esta persuasion, y pensar sériamente en prepararnos á la lucha.

El gobierno no hizo misterio del modo con que consideraba la cuestion, de la posibilidad de que la ida de los

embajadores fuese la medida precursora de otras mas serias, y abiertamente dijo á todos que las cosas habian llegado en su opinion á tal estado que le parecia no solo inútil, sino hasta imposible entablar negociaciones. Habló en fin de la guerra que nos amenazaba, como de una cosa no solo posible, sino hasta verosímil.

Las mejores negociaciones á los ojos del gobierno eran las armas nacionales, que en todas las provincias perseguian á los facciosos con mas ardor que nunca. En esta época de que hablamos estaban los de Cataluña ya reducidos á los últimos apuros. Los que infestaban las Provincias Vascongadas y todas las del Norte, habian recibido asimismo golpes fuertes que habian por precision abatido sus locas esperanzas. El ardor de las tropas, el celo de los gefes, la decision, el tino y el patriotismo de los generales, eran las notas diplomáticas en que ponía toda su confianza un gobierno convencido de la inutilidad de la palabra, cuando son tan elocuentes por sí las mismas cosas. Su conato, sus constantísimos esfuerzos porque cuanto antes se diese fin á la guerra civil que tal nos consumía, son de una notoriedad que no da lugar á discusion alguna.

El gobierno pidió siempre en el seno de las Córtes, y con la franqueza que le distinguia los auxilios que necesitaba. Pidió hombres y los tuvo. Al abrir las Córtes sus sesiones extraordinarias, pidió tambien recursos pecuniarios. El Congreso se los otorgó, mas no tan pronto como la situacion lo requeria. Es un mal, un grave mal como ya hemos indicado en el curso de estas observaciones, para cualquiera Nacion recurrir á los empréstitos; mas este mal se aumenta sin remedio, cuando los empréstitos no son considerables. Empeñarse hoy para verse en el caso de tener mañana que repetir la misma operacion, no es acertado ni económico. Hay ocasiones en que los gastos indispensables, los gastos sin los que no puede vivir una Nacion, son tan considerables, tan urgentes, tan casi del momento, que se inutilizan por falta de recursos muchas veces las operaciones que inspiran naturalmente mas confianza. El gobierno como sus antecesores en toda la época constitucional, se habia visto muchas veces en apuros de esta clase.

Retirados los embajadores de la Santa Alianza, cortadas

de un modo tan terminante y con síntomas de tanto enojo sus comunicaciones con nosotros, la conducta del partido constitucional estaba bien indicada por la fuerza misma de las circunstancias. Formar todos un sólio en derredor de la bandera nacional, prepararse á combatir si era preciso, preparar sus ánimos á la necesidad de tener acaso que acreditar con las obras la sinceridad de su profesion de fe política, convencerse de que habíamos avanzado demasiado para merecer perdon ni indulgencia de nuestros enemigos, de que eran ya conocidas las pretensiones de estos para que fuesen compatibles con un estado de civilizacion cualquiera, recordar un poco los infinitos males que habian en otro tiempo llovido sobre toda la Nacion por falta de concierto entre los que tan abiertamente se habian pronunciado por la causa de su civilizacion y libertades, y sobre todo no arredrarse demasiado con la idea de un choque, en que la confianza en nuestras fuerzas nos daria, sino una victoria decisiva, á lo menos los medios de salir airosos sin menoscabo del honor, y de conseguir las ventajas, que sin este choque eran imposibles. No se trataba de emplear las armas en defensa de las faltas ó defectos de la Constitucion, mas por sostener los derechos que teníamos á ser gobernados, del modo que nosotros lo entendíamos. Era en fin una segunda guerra de la independenciam; pero de un órden mas elevado aun que la pasada, y en que no teníamos que luchar con tan formidables enemigos.

La cuestion no podia ser mas clara y mas sencilla. Ningunas dudas ofrecia al buen sentido: en ningunas sombras se podia envolver: para la menos ambigua interpretacion podia abrir campo de ninguna especie. En los términos mas positivos hablaban las invasiones de Nápoles y el Piemonte con la terrible reaccion que habia sido su inmediato resultado. Del modo mas claro nos habian manifestado los príncipes de la Santa Alianza sus siniestras intenciones. Conocida era la sola condicion que ponian á su benevolencia. Con las muestras menos equívocas de su indignacion, se habian retirado de nuestra capital sus encargados de negocios. ¿Debíamos combatir, ó ponernos de rodillas? He aquí la alternativa; y por mas vueltas que se quiera dar á la cuestion, por mucho que se pretenda poner en tortura el sen-

tido de las cosas y de las palabras, no podia presentar otro aspecto á las reglas mas comunes de la lógica.

Fue la mayor calamidad que podia ocurrir á la Nacion, el que cosas que parecian tan claras, se pudiesen obscurecer á los que tenian un interés tan vital en ser sus defensores; mas estaban los españoles condenados como en la otra época á no ver sus miserias, sino hasta el fatal momento de tener que llorarlas sin remedio; estaban condenados á ser juguete de intrigas, á dar oidos á sujestiones péfidas, que en ningun fundamento podian apoyarse los que solo debian de hallar su salvacion en hacer uso de sus propios ojos. Pocos dias despues de la salida de los embajadores, cuando se calculó que se podia haber enfriado alguna cosa el entusiasmo patriótico producido por las comunicaciones de la Santa Alianza, se comenzó una obra de intrigas, de insinuaciones, de rumores sordos, de simpatías estudiadas, de consejos amistosos que fascinaron los ánimos incautos, al paso que suministraron pretextos de dañar á los mal intencionados. Se quiso dar á entender que los desígnios de la Santa Alianza no eran tan hostiles como la imaginacion los suponía, mas que el modo con que habian sido recibidas sus comunicaciones, empeoraria sin duda un negocio que de ningun modo debia de darse por perdido; que aun quedaba un campo abierto para entablar negociaciones, con tal que no faltase el tino y la flexibilidad de carácter necesaria para manejar con acierto este asunto delicado; que era demasiado democrática nuestra Constitucion, para que dejase de ser objeto eterno de aversion y de temores para aquellos soberanos; que era una imprudencia empeñarse en una guerra destructora por defender unos defectos que todo el mundo confesaba; que el gobierno francés que administraba bajo los auspicios de una carta, no podia desear el reducirnos al puro absolutismo; que en los mismos sentimientos debia hallarse el gabinete inglés, quien no dejaria de emplear sus buenos oficios, para que los negocios terminasen amistosamente; en fin, que nada se podia dar todavía por perdido; mas que era de temer que un gobierno tan poco entendido en asuntos diplomáticos, echase á perder por su carácter obstinado lo que tal vez prosperaria en manos de otro mas flexible.

Esto se dijo y se insinuó de mil modos entre partidos y categorías diferentes. Por desgracia produjo en cierto modo la impresion con que habian contado los que conocian nuestra poca prevision, y las diferentes pasiones que nos agitaban. Acogieron curiosamente estas voces los serviles, como los que iban á sacar todo el fruto de nuestra desunion y falta de confianza mútua. Hicieron un efecto en los ánimos de los que, si bien querian para España un estado de civilizacion y de reformas, conservaban siempre su oído hácia una Constitucion que nivelaba las condiciones políticas de una manera que ofendia singularmente su amor propio. Les dieron oídos los débiles y pusilánimes que habian dado en la estraña idea de que se pueden gozar los beneficios y ventajas de la libertad sin pasajeros disgustos, sin momentáneos sacudimientos, y sobre todo sin correr peligros. La escucharon tambien con favorables sentimientos los egoistas, que con todos los partidos se acomodan, que en todas las combinaciones políticas no ven mas que sus ventajas materiales, y que podian lisongearse de conservar las que habian obtenido en el régimen constitucional, sin mas sacrificio para ellos que el abandono de algunos artículos insignificantes. Fueron sobre todo sumamente agradables las insinuaciones indicadas para los enemigos personales del gobierno, que cansados de morder en vano su decision y patriotismo, le acusaban de imprevision y de impericia. El tema de que en el asunto de las notas se habia obrado con aturdimiento, con precipitacion, tal vez con arrogancia, comenzó á ser favorito en boca de muchísimos; mas entonces, como ahora, ninguno se tomó el trabajo de indicar de una manera un poco clara lo que se debió de haber hecho.

Hemos dicho en otra ocasion que no somos de los que atribuyen exclusivamente á intrigas extrangeras las guerras civiles, las disensiones intestinas que comprometen á menudo la causa de los pueblos. Para introducir entre nosotros el desaliento á que aludimos en este artículo y la necia persuasion de que podiamos salir airosos del empeño en que nos habiamos puesto, sin muchos, sin costosos sacrificios, bastaban sin duda la mala fé, el orgullo, la presuncion, la ignorancia, la falta de tino, la sobra de pu-

silanimidad que obraban mas ó menos sobre un gran número de individuos en aquella época, mas sin faltar á todos los cálculos de la probabilidad, sin desconocer el corazón humano, sin negarse á la evidencia de otros hechos y de lo que les sugerian sus intereses personales, no se puede revocar en duda que los gabinetes de la Santa Alianza trabajaron y debieron trabajar por comenzar, venciendo con la desunion, con la desconfianza, con la necia credulidad, con los halagos de la persuasion á los que sin estas tropas auxiliares hubiesen tal vez opuesto una temida resistencia á la sola fuerza de sus armas.

Los Ministros y encargados de negocios de los gabinetes de la Santa Alianza habian dejado ya la capital: mas no podian carecer de agentes que les sirviesen con fidelidad y cumpliesen con exactitud sus intenciones. Una palabra vaga dicha al aire, una expresion equívoca, una reticencia misteriosa, un ademan de comiseracion manifestado á tiempo, una estudiada confidencia, un nada, podian hacer una impresion profunda en ánimos tan preparados de antemano, en ánimos de quienes comenzaba á apoderarse el miedo, y que se acogian ansiosos á cuanto podia alhagar sus esperanzas. Por una parte se intimidaba con los terribles preparativos de la próxima invasion, se inspiraba por la otra nuevo aliento haciendo circular la voz de que se habian hecho nuevas comunicaciones, presentando como objeto de desconfianza y de suspicacia al gobierno, que, tenaz en negar sus oidos á la voz de la moderacion, las ocultaba. Estos manejos eran conocidos: el mismo ministerio no los ignoraba. A cuantos les preguntaban por el estado de las cosas, por las proposiciones que se les hacian, respondian con franqueza que eran meras invenciones con que intrigantes se burlaban de la credulidad de los incautos. Pero la intriga podia mas que manifestaciones tan sinceras.

La Inglaterra no habia directamente tomado parte ni en pro ni en contra de las comunicaciones de los soberanos congregados en Verona. Permanecia en Madrid su Ministro plenipotenciario como neutral en la ruptura que se habia verificado y en la contienda que se preparaba. ¿Qué representaba verdaderamente entre nosotros este agente diplomático? ¿Cuáles eran los sentimientos, las disposiciones

de aquel gobierno sobre un asunto que tan vital se nos mostraba? ¿Nos eran amistosos, ó al contrario? Contribuyó su quedada á inspirarnos aliento, ó á dar nuevo pábulo á la desconfianza, á esta especie de fiebre moral que comenzaba á devorarnos? Entraremos de lleno en la cuestion, y la resolveremos del modo con que la entendemos, enteramente igual con que la comprendimos en su tiempo.

Cualquiera que sea el aspecto bajo que se considere un cuerpo social, tan heterogeneo como la Nacion Inglesa, á nadie puede obscurecerse que nuestra Constitucion nunca debió de ser objeto de favor á los ojos de su aristocracia. La unidad de su cámara legislativa, la admision en su seno de todas las clases del estado, la falta del veto y del poder discrecional en la Corona para disolverla, chocaban necesariamente con sus ideas, con sus hábitos, con sus antecedentes y sus pretensiones. Por otra parte este instituto de superioridad que hace á todos los gobiernos complacerse en el atraso ó decadencia de las naciones que les son vecinas, este sentimiento de mortificacion y suspicacia con que ven por consiguiente cualesquiera pasos que dan estas en el sentido del progreso, debieron de influir muchísimo en gabinetes acostumbrados á sacar tan buen partido de nuestra ignorancia y decadencia. A pesar de los importantes beneficios que debia á un pais teatro de sus glorias, y sin cuya resistencia al yugo de Napoleon le hubiese quedado cerrado por mucho tiempo el continente, nada habia hecho en defensa de la Constitucion española el gabinete ingles cuando su caida en 1814, mostrándose, por no decir otra cosa, indiferente á una situacion que durante seis años fue para nosotros tan dura y tan calamitosa. El restablecimiento de la Constitucion en 1820, debió de haber sido para aquel gabinete un acontecimiento muy desagradable, y aunque nosotros no podamos decir nada positivo acerca de la naturaleza de las relaciones diplomáticas entre los dos paises en aquella época, se puede suponer que fuesen frias á efecto natural de una absoluta discordancia de principios. Lord Castlereagh que dirigia entonces los negocios extrangeros del pais, pasaba por uno de los firmes sostenedores de las pretensiones exclusivas de la Santa Alianza. En un tiempo y con la aprobacion del gabinete, ingels se habian verifica-

do las invasiones de Nápoles y del Piamonte. Como ocurrió su muerte antes de la celebracion del Congreso de Verona no se puede indicar á punto fijo que parte hubiese tomado en aquellas deliberaciones; mas su sucesor pertenecia al mismo partido aunque con mayor moderacion de sentimientos, y la enviada de un personage de unos principios y carácter tan conocido como el duque de Wellington, anunciaba claramente bajo que aspecto se miraba un negocio en que nos iba nuestra politica existencia.

A la Inglaterra no podia convenir por ningun estilo una invasion á mano armada en la Península, y sobre todo verificada por egércitos franceses; pero le convenia aun menos empeñarse en una guerra solo por defender instituciones, objeto de antipatía para el partido que mandaba. Sobre la vida ó la muerte de estas instituciones rodaba la contienda. ¿Qué partido le restaba que tomar entre cosas y pretensiones tan incompatibles? ¿Trabajaría por dar preponderancia al gabinete de las Tullerías? ¿Tomaría la defensa de quienes proclamaban principios tan opuestos á los suyos? El resultado de un conflicto semejante debió ser para el gobierno inglés una especie de inaccion en la contienda, sufrir en cierto modo lo que no podia impedir, quedando siempre en libertad de trabajar por que los resultados redundasen en su mayor utilidad, y le envolviesen en los menores embarazos.

El gobierno español no podia desconocer un estado de cosas que de tan pocas sombras se cubria. La diplomacia no es en todas ocasiones una ciencia misteriosa como algunos piensan. Es un error creer que con sutilezas se puede alterar la esencia de lo que tiene el carácter mas determinado, ó sofocar la voz de intereses que se apoyan en cosas tan positivas y tan pronunciadas. La Santa Alianza ponía á su benevolencia condiciones imposibles de satisfacer. El gobierno español creía cifrada la salud de la Nacion en la conservacion de lo que se la queria arrancar por medios tan odiosos: era pues imposible la mediacion entre pretensiones tan incompatibles. Los pasos que dió el gobierno con el Ministerio inglés relativos á un asunto tan difícil y espinoso, mostraron bien la conviccion en que se hallaba de su inutilidad en aquellas circunstancias. Contra la tem-

pestad que nos amenazaba, no podíamos contar por el pronto mas que en nuestras solas fuerzas. Empeñada la lucha y sostenida por nosotros como el gobierno tenia tan fundados motivos de esperar, hubiesen cambiado de aspecto los negocios, y vistose en la necesidad de tomar una parte activa los que hasta entonces no podian representar otro papel que el de neutrales. A provocar este órden de cosas tendia el gobierno, en caso de que las potencias de la Santa Alianza tratasen de verificar sus amenazas, no hasta entonces. Como no hubo verdadera resistencia, salieron sus cálculos fallidos. Luego veremos hasta que punto pudo acusárseles sobre el particular de falta de prudencia.

Realizada la ruptura despues del asunto de las notas de la Santa Alianza, era del mayor interes de la Inglaterra el que se verificase la invasion; verificada la invasion, el que no se le pusiese resistencia. Cuantos menos obstáculos encontrasen en nosotros las armas estrangeras, cuanto menos se empeñase una lid que tanto se temia, menos pretextos tendria el gobierno de Francia de ocupar militarmente un pais en que el de la Inglaterra no queria perder su antigua influencia. Si este gobierno creyó posible que parásemos el golpe por cualesquiera medios, si en el gobierno que existia entonces creyó ver un obstáculo invencible á este cambio de negocios, si en el caso de no poder de ningun modo conjurar la tempestad, vió posibilidad y conveniencia de deliberar nuestras fuerzas, para que sin resistencia sucumbiésemos al poder de nuestros enemigos, fue muy natural que pusiese en juego cuantos resortes le parecieron necesarios para llevar al cabo sus intentos. En las voces que tan sagazmente se esparcieron de que no se habia cerrado todavia el campo de las negociaciones, de que las habia en efecto, de que se hacian proposiciones al gobierno, mas que por su poca flexibilidad, por su poco tino en negocios de esta clase, seria todo inútil mientras no cambiase de manos la administracion, debieron de tomar tanta parte los agentes del gobierno inglés como de los otros extrangeros. La misma circunstancia de neutralidad debió de dar á sus insinuaciones mayor aire de sinceridad, y á las simpatías estudiadas que tal se prodigaban un carácter de amistad y de candor que tan especiosas las hacian á los ojos

de los crédulos. La venida de Lord Fitz-Roy Sommerset cuando mas circulaban estas insinuaciones que en lo sucesivo nos fueron tan funestas, aumentó la expectacion universal, y confirmó á muchísimos en el error de que verdaderamente se trabajaba de negociaciones. Era el verdadero objeto de su mision un misterio para todos, y en especial para el gobierno. Para dirigir los negocios de aquel gabinete entre nosotros, era mas que suficiente la habilidad de su Ministro plenipotenciario. ¿Qué luces podia suministrarle una persona que ausente de España desde la guerra de la independencia, debia ser tan extraño á sus necesidades, á la verdadera situacion de sus negocios? La venida de este nuevo diplomático no podia adelantarlos ni atrasarlos; mas influyó mucho en la opinion por la importancia que se dió naturalmente á un paso tan extraordinario.

Es probable que el mismo Ministerio ingles no tenia una idea exacta del estado verdadero de las cosas en España. Sembrar temores, desconfianzas y suspicacia en unos, y en otros esperanzas y agradables ilusiones, no era empresa muy difícil; traer los asuntos á un estado que se diesen los pasos necesarios al nuevo arreglo de un negocio terminado ya de un modo tan neto y positivo, era superior á todos los esfuerzos. Lord Fitz-Roy conocia en Madrid á personas de la mas alta gerarquía, con quienes entró en explicaciones mas ó menos claras sobre el estado de las cosas. A todas las halló dispuestas, y aun deseosas de que pudiera verificar un cambio político que nos sacase de la crisis: ninguna supo decirle de qué modo se podia llegar á un fin tan deseado. Asi lo confesó el mismo en su correspondencia. ¿Qué prueba mas evidente se podia tener de que este cambio era imposible? No, no era el personal del Ministerio el obstáculo invencible: era la fuerza misma de las cosas: era la incapacidad legal en que se hallaban todos de hacer cambios de ninguna especie. A la sombra de la bandera de la Constitucion, defectuosa ó no, teniamos que combatir ó perecer con ella. No habia ya esfuerzos humanos que pudiesen trastornar la ley de tan terrible alternativa. Ninguna de las potencias amigas ó enemigas podia hacer nada en favor de esta Nacion, para la que

no habia mas que una salud; á todas fue dado emplear los medios de debilitar sus propias fuerzas con que pudo conseguirla. Pudieron mas que el simple buen sentido sofismas que nada tenian de ingeniosos, y mas que invencibles evidencias invenciones especiosas que mutuamente se contradecian.

No extrañará el lector que en esta materia tan fecunda en todo género de observaciones nos hayamos estendido mas de lo que tenemos de costumbre. Pocas cuestiones de mayor grado de interés pudieran ofrecerse á la consideracion de pueblo alguno.

Pocos dias despues de terminado el asunto de las comunicaciones, ocurrió uno de los lances mas desagradables que podian afligir á los hombres de buenas intenciones, penetrados de lo fuerte de la crisis en que nos hallábamos. Una partida de facciosos perseguida en Aragon por el comandante general de aquel distrito, penetró por el territorio de Castilla la Nueva, sin que le viniese á los alcances por aquel gefe superior, que juzgó sin duda no deber salir de los límites de su provincia. Desembarazados los facciosos de su persecucion, se internaron sin molestia en un pais donde no los esperaban. Asi llegaron á las inmediaciones de Brihuega.

Causó esta noticia en la capital toda la inquietud, y hasta consternacion, que puede suponerse. Era la primera vez que un número considerable de facciosos se hallaba tan cerca de sus puertas. El gobierno hizo salir inmediatamente todas las tropas disponibles de la guarnicion y Milicia Nacional con todos los oficiales y gefes superiores que podian ser necesarios para dirigir las en una ocurrencia tan seria, y que podia originar las mas graves consecuencias. Sufrieron estas tropas un revés cerca de Brihuega, que alentó á los facciosos á pasar mas adelante. Llegó tan triste noticia á la capital con la celeridad del rayo, y redobló, como es muy fácil de imaginar, la ansiedad en que se hallaba todo el mundo. Al gobierno apenas le restaban tropas que enviar al teatro de las operaciones en reparo de la pérdida; mas hizo salir inmediatamente otro general con algunos mas gefes, para reunir y rehacer las tropas que podian haber quedado en cierto desórden y despues del golpe recibido.

Fue dichoso este general, y satisfizo en un todo los deseos del gobierno. Reunió é inspiró nuevo aliento á nuestras tropas nacionales: batió á los facciosos, echándolos completamente de Guadalajara y de su término, y continuó así persiguiéndolos sin interrupcion por muchos dias, hasta que se dispersaron y se refugiaron como acostumbraban en sus descalabros á otros puntos.

Quedó libre la capital de inquietudes y de sustos con este nuevo cambio de fortuna. Ya no era de temer que se pudiesen por segunda vez tan cerca los facciosos, que acababan de recibir una leccion tan séria y dura. Mas la impresion que habian hecho en los ánimos, y las diversas pasiones que en todos sentidos se suscitaron, hicieron tal vez que este suceso comun en sí, reuniese á los ojos de muchos el mayor grado de importancia.

En todos los gobiernos, y en los libres con especialidad, son comunmente los reveses públicos nuevo pábulo á la animosidad, á la discordia mútua que por precision tiene que agitar mas ó menos vivamente á los diferentes individuos de un estado. Se aprovecharon los enemigos del gobierno de la aproximacion de los facciosos para renovar las acusaciones que se le hacian de impericia. Le sirvió la pérdida sufrida en las inmediaciones de Brihuega para levantar mas alto estos acentos de animosidad, en aquella circunstancia tan poco merecida. No habia sido culpa suya el que el comandante del sexto distrito hubiese suspendido el alcance sobre los facciosos que entraron en Castilla. En nada podia tampoco vituperárseles la desgracia de Brihuega, cuando habian hecho salir de la capital todas las fuerzas que se hallaban entonces disponibles; mas el espíritu de partido atiende poco á las reglas de la buena lógica, y el gobierno por otra parte no podia desconocer que con estas agitaciones, con estas desconfianzas, con estas manifestaciones vivas de sentimientos justos ó injustos se gobernaba, como inevitables condiciones de todas las instituciones de hombres libres. Despues de la salida de la capital del gefe superior á que aludimos, no se descuidó en tomar las precauciones que asegurasen el órden y aun la defensa de la capital en caso de otro revés inesperado. Para conciliar mas los ánimos de todos los partidos, se puso á la

cabeza de la guarnicion de Madrid á un general que gozaba entonces de un crédito inmenso entre una grandísima porcion de liberales. Para verificar esta medida, fue preciso que el gobierno pidiese á las Córtes una autorizacion, sin la cual no podia disponer de su persona; prueba clara de que no omitia cuantas precauciones podia sugerirles lo apurado de aquella situacion tan nueva.

En ninguno de aquellos dias se turbó el órden público de la capital de un modo sério. No se cometieron ni insultos ni violencias, ni se turbó el curso ordinario de los negocios públicos de ninguna especie; observacion es esta que hemos hecho repetidas veces; pero es nuestro deber el no omitirla, todas cuantas las ocurrencias que describimos con tanta concision nos la sugieran.

Hizo como hemos insinuado, una profunda impresion en los ánimos de los bien intencionados la aproximacion á la capital de un número tan considerable de facciosos. En aquella situacion, cuando se habia ya verificado una ruptura entre nosotros y los gobiernos de la Santa Alianza, cuando se presentaba como posible y aun como probable que las obras siguiesen á las amenazas, tuvo para muchos dicha aproximacion todo el aire de una especie de guerrilla ó tropa de reconocimiento, que venia á tentar el terreno, y ver en qué disposicion se hallaban los ánimos de los amigos y de los enemigos. De los esfuerzos redoblados, de la nueva actividad de los serviles para producir cuanto mas antes una catástrofe que se realizó en algunos meses despues, y en otro punto mas distinto, á nadie podia caber la menor duda. Que aspiraban á dar el golpe de gracia en el seno de la misma capital, tambien lo patentizaba la esperiencia. Aunque la internacion de los facciosos en Castilla era una consecuencia natural del motivo que hemos dicho, podia muy bien temerse que era efecto de una combinacion entre los de afuera y los de adentro. La situacion se presentaba, pues, cada dia mas estraordinaria, y en efecto lo era. Se acercaba el tiempo de resolver definitivamente el problema en que nos ocupábamos hacia tres años, á saber: si habíamos de ser una Nacion de hombres civilizados y gobernados por leyes, ó de hombres sujetos á todos los caprichos de la mas bárbara arbitrariedad, y despotismo.